



**S]** Siempre me he preguntado quién ha habitado aquellos espacios en los que yo he vivido después: en la habitación de hotel donde huele a recién fregado, con las sábanas recién cambiadas, pienso en qué ejecutivo con aburrido malefín de piel durmió allí la noche anterior, en qué actriz solitaria de gira, en qué profesor de paso, en qué medico de congreso, en la señora que ha cambiado esas mismas sábanas y fregado ese mismo cuarto de baño. ¿Qué piensa mientras lava?, y el ejecutivo, ¿con quién sueña en esas mismas sábanas entre las que yo sueño con mi madre que acaba de morir? Esos sueños míos suponen mi encuentro nocturno-diario con ella. Todos los días-noches la veo y hablo con ella; estamos con más gente y hay invariablemente muchos colores en ese lugar tan irreal-tan real de mis sueños.

Casi siempre me gusta inventarme historias sobre la gente que ha podido vivir-dormir-soñar en el mismo sitio que yo. Pero a veces llego a un hotel cansada del trabajo, del viaje, y con otras cosas en mi cabeza. Entonces no me preocupo de pensar en los demás, sobre todo si no los conozco, ni hay posibilidad alguna de que los conozca en el futuro. Muchas veces tengo bastante conmigo misma.

Pero otras veces sí que lo pienso. Toco esos objetos fríos del hotel y me gusta imaginar el calor de otras manos que se han posado sobre ellos. Pero sobre todo me miro en el espejo e imagino qué otras caras ha reflejado, devolviendo a sus dueños miradas de esperanza, o de decepción, o de alegría, o de cansancio, o de alegría y de cansancio a la vez, después de algún que otro juego acompasado entre las sábanas. Un reflejo engañoso siempre porque el espejo nos devuelve irremisiblemente la mentira de nuestro rostro, su revés, el otro lado, la otra verdad. Tal vez la misma verdad-no verdad del sueño: algo que parece que es lo que no es.

El espejo... Recuerdo que sólo una vez he dormido en un lugar que no tenía espejo. Suelo llevar uno, incluso dos, en mi bolso; pero en aquella ocasión me llevé la mochila. Íbamos a una isla casi desierta de la costa de Noruega. Teníamos que vivir en una antigua casa de pescadores, la más alejada del puerto, y no me llevé el bolso porque, obviamente, no lo iba a necesitar. Una mochila con lo básico, y comida para los tres días que íbamos a estar allí sería suficiente. El espejo se quedó en casa; supongo que pensaría que en aquella cabaña que habíamos alquilado habría un espejo, como en todas las casas del mundo y en todos los hoteles del mundo. Pero no, en "Lyngsnebua" no había espejo.

Era una casa roja, de madera, con techo blanco, y construida sobre pilares en las rocas encima del mar. Tenía tres ventanas y cinco camas. Una estufa, seis sillas, un minúsculo lavabo y un armario completaban el escueto mobiliario. En la entrada, la cocina de gas, la leña para la estufa y un váter biológico, modelo cubo con tapadera: en la puerta un gran corazón rojo, pero ni rastro de espejo.

Allí habían vivido en el pasado pescadores que hacían la temporada del bacalao, venían desde costas más al sur, incluso desde el interior de los fiordos, hasta SÆR-GJAESLINGAN, la isla más alejada de la costa en la región central de Noruega, y a la que acudían los pescadores para estar más cerca de las bancadas de pescado entre enero y marzo. Vivían allí y así podían salir temprano por las mañanas para encontrarse en alta mar inmediatamente: las costas nórdicas tienen miles de fiordos que dificultan la cercanía con mar abierto. Me acordé de que mi abuela solía hablar del bacalao que venía de Noruega cuando ella era pequeña, y cuyas raspas perfumaban el puchero de patatas.

En realidad la isla no es una isla: está creada por varios islotes que forman un pequeño archipiélago con ensenadas protegidas de los avatares del mar; allí se posaban los barcos, como ahora, en un

# LA CASA QUE NO TENÍA ESPEJO

Ana Alcolea

Ilustraciones: Marta Sauras



marta sauras

mar tranquilo y liso como un espejo en esa especie de cráter que forman las islas a su alrededor; tan diferente del mar lleno de crestas blancas que rodean el exterior de aquellas gotas de tierra firme, de roquedales cubiertos de musgos y líquenes anaranjados. Sí, allí estaba la pequeña casa roja que no tenía espejo. ¿Y a quién le importaba? No había sitio para la vanidad. Empecé a imaginar quiénes habrían vivido allí durante generaciones de pescadores que iban y venían haciendo el "camino del norte", el *norveg* del que deriva el nombre de Noruega.

Pensé en aquellos hombres barbados que posaban para las viejas y descoloridas fotos que colgaban de las paredes de la cabaña; imaginé que tal vez no habían tenido un espejo en que poderse mirar aquellos rostros ni siquiera para afeitarse con las navajas. Sin espejo, no verían sus miradas de frío en el invierno casi ártico, no verían su miedo antes de salir a pescar en aquellos minúsculos botes de remos a merced de los azotes de los vientos y de las olas del mar del Norte, no verían sus nostalgias por las mujeres que los esperaban en tierra, kilómetros más al sur; no verían, en definitiva, su soledad en aquella casa compartida con otras soledades. Tal vez esa era la razón por la que en "Lyngsnebua" no había espejo: así no podían ver todo lo que asomaba a su rostro. Quizás no hubieran podido soportarlo. Me acordé de mi abuela y sus viejas historias sobre el bacalao. ¿Quién sabe si el que ella comía de niña venía de aquellas islas? ¿Y si había sido pescado por aquellos hombres que vivieron en la misma cabaña en la que estaba yo, y cuyas imágenes contemplaba? Me dio un escalofrío que recorrió toda mi espalda de arriba abajo. El mundo puede ser muy grande y muy pequeño al mismo tiempo. Y ese tipo de casualidades hace que nos demos cuenta de nuestra minúscula dimensión.

El ruido de las gaviotas y sus polluelos me hizo volver al presente. Salí a dar un paseo. Algunos pájaros volaban enfadados sobre mi

cabeza para intentar proteger sus nidos y alejarme de allí. Lo consiguieron y cambié el rumbo del paseo hacia una parte menos ruidosa de la isla. Los islotes salpicaban el mar y solo desde un punto se veía mar abierto sin pedazos de tierra que rompieran la línea del horizonte. Esa línea que no es nada más que otra mentira, otro sueño, otro espejismo. Había viento. Una pareja de aves revoloteaba cerca de mí en silencio: casi pisé sin querer a su polluelo en el suelo, indefenso y quieto. Me entraron ganas de acariciarlo, con sus plumas marrones, pero no lo hice, me miraba asustado: allí no había más habitantes que los pájaros, el brezo y un suelo de musgos salpicado de diminutas flores que no se atreven a crecer para no molestar a los vientos y que se extienden a ras de tierra en pequeños tapices multicolor.

Volví a acordarme de los antiguos pescadores: seguro que también salían a pasear en sus pocos ratos libres por los mismos lugares que yo estaba pisando. Los imaginé aspirando fuerte el aire y su pipa mientras miraban al horizonte con el sol a poniente, a la espera del nuevo día y de la quietud de los vientos. Miraban el mismo mar que yo miraba en aquel momento, y mojaban sus pies con agua del mismo mar que bañaba las costas del pequeño pueblo en el que, miles de kilómetros más al sur, había vivido mi abuela. Respiraban aquel aire y al hacerlo creían aspirar el perfume de alguien que los estaba esperando muy lejos de allí. El espacio y el tiempo son como los espejos: también nos devuelven mentiras. Estamos sumergidos en ellos y nos parece que no existen.

Volví a darme otro escalofrío. Empezaba a bajar la temperatura. Regresé a la cabaña. Ellos también lo hacían cada noche. Se metían en la litera con todas sus ropas. No se reconocían en los rostros ajados de miradas perdidas de los demás porque no veían su propia soledad en ningún espejo.

Eran afortunados